

www.elboomeran.com

MAURICIO WIESENTHAL

# SIGUIENDO MI CAMINO

BARCELONA 2013



A CANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2013 by Mauricio Wiesenthal González  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía cedida por Laura Viñals

ISBN: 978-84-15689-44-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 2546-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Luces, plumas y estrellas	13
Los gatos y las hojas muertas	29
<i>Nostalgias</i> : tango en el Café Tortoni	35
Boleros en el Viejo San Juan	41
Zambitas de mi Argentina querida	58
<i>Toda una vida</i>	64
<i>Can't Help Falling in Love</i> , en una tarde rosa	70
<i>Ojos Negros</i> , el circo y la guerra de Cuba	75
<i>Anema e core: slow napolitano</i>	80
<i>Saeta de los nardos en pena</i>	89
Un viejo frac	96
<i>Lili Marleen</i> y una muñeca rota	101
Pierino y Garcilaso... <i>Silenzio cantatore</i>	110
<i>Beautiful Dreamer</i> : recuerdos del Ángel Celoso	116
<i>Na sera 'e maggio</i> , en mis años de Capri	121
<i>Las nanas de la rueda-rueda</i> y el <i>Djelem djelem</i> de los gitanos	126
<i>Some Enchanted Evening</i>	136
Memorias de México: la leyenda de la Llorona	141
<i>Yiddishe Mamme</i>	154
<i>Mañana de Carnaval</i>	166
<i>Que seas vos</i>	171
<i>High society</i> en la Costa Azul	177
<i>Blue Hawaii</i> : un enigma de mi memoria	183

Historias de cine: <i>Dicitencello Vuie</i>	191
<i>It's Now Or Never</i> : recuerdos de la radio	195
<i>Ansiedad...</i> con perdón	202
<i>Luna de octubre</i> y los hijos del Che	208
Un pasillo y un paseílo: <i>Mis flores negras</i>	217
<i>Amar y vivir</i> : un bolero para Ava Gardner	230
Nana para un micrófono escondido en Berlín Oriental	243
<i>Recuerdos de Ypacaraí</i> : ¡no más elfos!	253
Hemingway, las películas perdidas y un <i>zortziko</i>	270
Una habanera catalana con una propuesta de paz para <i>La Marsellesa</i>	280
<i>Angélica</i> y los abrigos prestados	287
Un niño desaparece pronto en la distancia: <i>Blaue Nacht am Hafen</i>	296
Tres películas... y un bolero en el Hotel Chopin	311
Un apunte apasionado: <i>Zamba del pañuelo</i>	326
<i>Always</i> : la agonía de las hojas de té	339
Una lección de química: <i>Love me Tender</i>	353
¡Aquí Radio Europa Independiente, la voz de la Resistencia!	364
<i>Mon cœur est un violon</i> : tango para bohemios	372
<i>Chitarra Romana</i>	388
Siguiendo mi camino: <i>Too ra, loo ra, loo ra</i>	403
<i>Reginella</i> y la música de los enanos	419
Magdalena y «La leyenda del Santo Candil»	434
<i>Aimez-vous Brahms?</i> : la filosofía es una canción	449
<i>Ku'uiipo I Love You</i> , en las Ramblas de Barcelona	458

Nació este libro en la correspondencia que mantuve con mi buen amigo Alfredo Valenzuela en el año 2011. No he querido suprimir las referencias personales a los momentos en que se escribieron estas cartas cuando se trata de circunstancias que el lector puede compartir y disfrutar, entrando así en el círculo de nuestra amistad.

Escribo estas páginas en idioma español—más que en castellano—, utilizando formas y expresiones usuales en todas las regiones peninsulares y, también, en Hispanoamérica. Nadie confunda este sueño orquestal con el juego particularista de los castizos que escriben para la parroquia local y que me resultan bárbaros y aburridos. Me siento emocionado y feliz por haber recibido de mis mayores en todos estos pueblos una herramienta artística y cultural tan hermosa como nuestra lengua española. Y agradezco también a los primeros maestros del castellano el regalo que nos hicieron al compartir ese tesoro. Ellos me enseñaron que la lengua no es una propiedad sino un préstamo compartido.

Todo empezó cuando Carlos V—el flamenco que, a los veinte años, mezclaba el español y el francés—se presentó en Roma en 1536 hablando español y dijo al obispo de Mâcon: «Entiéndame, si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española».

He pensado si debía poner notas a pie de página para explicar algunos detalles. Por ejemplo, no hay que confundir a Fredric Mann con Thomas Mann. El segundo escribió libros muy largos. El primero sólo escribió un cheque; pero con él levantaron un auditorium en Tel Aviv.

Sé que los eruditos prefieren las notas a pie de página. Pero las he eliminado porque me dejan siempre la impresión

de que el editor no está de acuerdo con lo que dice el autor. Guardo en mi biblioteca una autobiografía de Goethe, editada en Leipzig, en la que el poeta confiesa que Federica Brion fue su primer amor: «Con ella—dice Goethe—supe, por primera vez en mi vida, lo que era el amor». Pero el editor ha escrito al pie de página: «Aquí Goethe estaba en un error».

Hace muchos años, puse una nota a pie de página cuando hacía una redacción en el colegio. Me dejé llevar por la inspiración y escribí: «las emociones sensuales que despiertan algunas pinacotecas». Pero pensé que mis maestros podían reñirme por el atrevimiento, e intenté arreglarlo con un asterisco: «\**Pinacoteca*: hembra del *Pinacotecus erectus*, llamada también La Eva Africana». Y, cuando mi institutriz—una alemana muy seria—me hacía traducir a Balzac, lo adaptaba a sus enseñanzas morales: «Arrastrado por un instinto que había intentado reprimir en los años grises de su vida en provincia, el joven impresor se arrojó sobre la bailarina». «\**Bailarina*: cojín suave con encajes, blando y cómodo».

Escribo en español literario porque creo que la lengua hablada debe seguir a la escrita y no al revés. Pero recojo expresiones que aprendí en otros tiempos al tratar con gente del pueblo que hablaba un español más ingenioso, original y significativo. Se han perdido muchas palabras y expresiones en la lengua popular. Y no porque se hayan sustituido por otras, sino porque la decadencia literaria de los pueblos trae consigo un empobrecimiento del idioma. Hasta los rótulos de los comercios—dominados por franquicias internacionales—se vuelven repetitivos. Y pocas veces se encuentra ya una joya como aquella floristería de Sevilla que anunciaba: «Moñas y banderillas, efectos de novia y alas para ángeles». Y, sin embargo, las palabras explican la historia. Después de la colonización anglosajona los bares tienen «barras». Pero en Francia se dijo siempre «zinc», porque las barras estaban hechas de este material. Y en Andalucía la gente del pueblo decía «el mostrador». Se fabricaban con refulgente caoba

desde los tiempos en que Cádiz y Sevilla eran los puertos del Descubrimiento.

Cuando rescato voces olvidadas (*desmarrido* o *desombrado* en el sentido de triste, *aventurado* por afortunado, *allegar* como sinónimo de acaparar, y *dolorío* para explicar mejor el sentimiento de un cante gitano) las traigo siempre de las autoridades de nuestra literatura y procuro seleccionar las que pueden tener fácil comprensión y útil vida.

Finalmente, espero que mi editor le encuentre a este libro una buena cubierta. He procurado escribir un prólogo prometedor, aunque un poco corto para lo que nos enseñó el maestro Menéndez Pelayo, que los escribía en varios volúmenes. Los prólogos deben ser siempre prometedores, como las imágenes que aparecen en las bolsas de semillas para jardinería. Al verlas tan parejitas uno piensa que las flores germinarán en primavera igual que se ven en la foto. Vaya usted a saber.

M. W.

## LUCES, PLUMAS Y ESTRELLAS

Me preguntas por el secreto—creo que bien guardado—de mis canciones. Las grabaciones que conservo de ellas no son siempre buenas, pero eso no me preocupa en absoluto. Te iré enviando algunas de esas reliquias de mis tiempos de juventud: boleros, coplas españolas, romanzas rusas, zambas, tangos y *chansons* diversas, cantadas en diferentes idiomas; porque ésa fue mi afición cuando viajaba y actuaba en cafés, en barcos o en hoteles. Pienso que los jóvenes deben recuperar el gusto por lo sencillo y por lo imperfecto, ya que el corazón es así: imperfecto y sencillo. Buena parte del arte es artesanía y hay que protegerlo—con juicio, buen gusto y mesura—de las facilidades de la industria y de los excesos de la técnica.

Cantar fue una de las aficiones de mi vida que me ayudó a sobrevivir en mis años de bohemia. Evoco en este libro algunas de esas canciones porque me gustaría dejar el testimonio de que un escritor es, sobre todo, un artista.

Un escritor no es un erudito ni un gramático ni un profesor, sino alguien capaz de transmitir una emoción. Por eso no me conformé nunca con los libros y busqué las casas donde habitaron sus autores, sus autógrafos, sus dibujos, sus fetiches: las reliquias donde se manifiesta el misterio de su personalidad; lo mítico, lo místico, lo mántico, lo semántico, lo romántico...

Sacha Guitry guardaba en su casa el tintero de Flaubert y algunos manuscritos de Molière. Era tan fino que, cuando una mujer le llamaba por teléfono, se peinaba antes de atenderla... Hay un misterio en las botas de punta redonda que hacía Tolstói, en los dibujos de Goethe, en la calculadora que inventó Pascal, en las medias que fabricaba Vol-



taire, en los muebles que diseñaba Victor Hugo, en las partidas de ajedrez de Zweig, en la música que componía Nietzsche, en las colecciones de mariposas de Nabokov o en las bufandas de lana que tejía Lou Salomé... Me gustaría saber si Rossini sabía hacer el *tourneados* o se lo preparaba todo Carême. Y me encantaría haberle chutado una falta por alto a Albert Camus, puesto que por bajo ya sé que era imbatible.

Un segundo oficio es algo tan cercano a la personalidad de un artista que siempre nos preguntaremos si era, en realidad, su auténtica vocación. Por ejemplo, las pinturas de Leonardo da Vinci eran sólo su segundo oficio. En su tiempo fue más conocido como ingeniero militar, inventor de máquinas y, a ratos, maestro de ceremonias.

En realidad este libro quiere ser una defensa del humanismo y un alegato contra la especialización. La gente más ignorante y dogmática que he conocido se presentaba siempre como especializada en ciencias o técnicas muy complejas—lo cual me parece apasionante—pero opinaban de todo; osadía impropia de quien pretende ser tan limitado. Prefiero la sabiduría universal que reconoce una ignorancia general. Es más modesta.

Los escritores deberían aprender a investigar delante de un microscopio, de igual manera que los científicos tendrían que acostumbrarse a observar la realidad, leyendo buena literatura. Las grandes novelas realistas del pasado—minuciosas y precisas en el detalle—nos enseñaban a observar la vida. Y la ciencia no progresa solamente por observación y por experimentación, como suelen decir los manuales de manera muy simplista, sino porque el genio es capaz de crear en su imaginación ciertas asociaciones que luego pueden probarse en la realidad. Lo mismo que hace el artista. Por eso pudo decir Jung—en un genial diagnóstico—que cuando un ser humano pierde todo interés por la poesía y por el mito, se halla en la antesala de la enfermedad mental. Y si todavía sentimos el resplandor maravilloso que emana de la cultura clásica

sica es porque los antiguos griegos crearon, en sus epopeyas, en su poesía y en su teatro, una *paidea* para educar a los jóvenes en los valores del mito. Justamente por eso he defendido siempre la idea de que Cervantes sometió a sus lectores a un juego psicológico muy provocativo al presentarnos a Don Quijote como un loco que había perdido el juicio leyendo delirios y disparates. A lo largo de su novela y a través de las desventuras de su héroe nos muestra más bien la decadencia de una sociedad enferma que, en el ocaso de un imperio, ya no comprendía el heroísmo ni el mito. Y, por parecidas razones, creo que el siglo xx—al quebrar de forma irresponsable las bases de la educación humanista—sumió a la sociedad burguesa en el cenagal de una crisis de valores.

Las utilidades de cualquier saber son impredecibles. Y el abuso de la especialización es una de las dolencias de la cultura moderna. Muchos de los grandes descubrimientos surgieron gracias a la capacidad de observación de un sabio que—por la amplitud de sus estudios—podía comparar y asociar experiencias muy diferentes.

Por ejemplo, Leopold Auenbrugger, médico austríaco del siglo xviii, descubrió de una forma sorprendente—uniendo sus conocimientos de tonelería, de música y de medicina—la técnica de la «percusión torácica». Hijo de un hostelero, había visto en su infancia cómo los capataces de las bodegas comprobaban el nivel de las barricas golpeando la madera y escuchando la resonancia. De igual forma, Auenbrugger percutía con los dedos suavemente la cavidad torácica de sus pacientes y estudiaba el sonido, más alto, más amortiguado o más oscuro. Era un método eficaz para el diagnóstico.

Pasteur fue otro sabio humanista que llegó a la ciencia dando un rodeo; tan largo que su obra no se ciñe a una sola ocupación ni a un oficio. Fue químico, naturalista, biólogo, físico y mil cosas más..., incluso médico, porque descubrió las vacunas y desveló el origen microbiano de las fiebres puerperales.

Mucho antes de convertirse en biólogo, el joven Pasteur se interesó por las matemáticas, la filosofía y, sobre todo, la pintura y el dibujo. Era hijo de un curtidor de pieles, y como el arte no era un camino fácil para un muchacho de familia modesta, tuvo que aprender otros oficios, aunque nunca descuidó su primera vocación y su afición a la estética.

En el caleidoscopio de los jóvenes soñadores se esconde muchas veces el misterio de la sabiduría. Pasteur había nacido en una población del Jura—comarca de vinos—y esa circunstancia le llevó a interesarse por el proceso de la fermentación, que entonces era un misterio. Estudió, sobre todo, el ácido tartárico, sustancia fundamental en la composición del mosto de uva. Y, como la propia naturaleza crea obras de arte, comenzó a investigar la estructura ordenada de los cristales, fascinado por los fenómenos de propagación de las ondas luminosas que originan reflejos, cambios de color y efectos de polarización.

Así pudo llegar a la conclusión de que las fermentaciones no eran simples reacciones químicas, como suponían algunos especialistas con su horizonte más limitado, sino apasionantes procesos biológicos; más complejos, más misteriosos, más propios de la propagación de la vida. Unos microorganismos—las levaduras—intervienen en este mecanismo natural, transformando el azúcar en alcohol.

Todos los trabajos, destinos y vocaciones de Pasteur, que en apariencia eran tan dispersos, confluyeron así en una vía coherente: sus estudios de arte y simetría, su afición por los cristales, su infancia modesta en el taller de un curtidor (los tartratos se usaban como colorantes), sus horas de observación en el microscopio y, en resumen, su vida en una tranquila comarca de vinos.

El mundo se nos ha llenado de divulgadores elementales que se consideran, con toda desfachatez, «científicos». Hablan un lenguaje pretencioso y prohibicionista, alarmando a la gente sencilla; sobre todo en temas de medicina. Y

creen que, para tener un concepto real de la vida, hay que darle a todo un nombre altisonante que suene a genética o a química.

«Olvida usted—le dije un día a uno de estos avisonos—que casi todos nuestros antepasados vinieron al mundo antes de que nadie hubiese visto un espermatozoide por el microscopio».

Enseñarle la primera lección de filosofía a un universitario sabihondo es tan arriesgado como darle un martillo a un niño nervioso; éste piensa que todo es un clavo y el otro cree que todo es ciencia. Prefiero a mis viejos maestros que daban largos rodeos en la experiencia de la vida y en el conocimiento, hasta convertirse en sabios.

Recuerdo también a Adolf Schulten, buen amigo de mi padre que manejaba numerosas lenguas muertas y establecía relaciones prodigiosas entre etimologías y lugares arqueológicos, leyendas y mitos, hechos históricos y poemas antiguos. Era un conversador apasionante, y cuando fui a saludarle a su casa en Alemania—era ya casi nonagenario—, me fascinó con sus quimeras y sus relatos de civilizaciones desaparecidas. Ensartaba las historias con citas y versículos de códices antiguos, porque todo lo recordaba con detalle.

Disfruté con aquel anciano profesor que tan pronto hablaba de titanes y dioses mitológicos como narraba anécdotas divertidas de la España de principios del siglo xx que—por su trabajo de arqueólogo—había recorrido, llegando hasta las aldeas más perdidas y afabuladas.

Schulten escribió páginas apasionantes sobre los primeros pobladores hispánicos, estudió las ruinas de Numancia y aventuró hipótesis audaces sobre los lugares del Coto de Doñana donde, a su parecer, se encontraban los restos de Tartessos. Me explicó cómo—viajando en el coche de mi padre—había descubierto en Sancti Petri, en las cercanías de Cádiz, una laguna que le despertó el recuerdo de un paisaje de la *Iliada*.